

Iradier, Manuel (1854-1911)

ÁFRICA. Viajes y trabajos de la Asociación Euskara (1887; 1956)



XXXII

JONDO

No había roto el Sol la bruma que se extendía por oriente cuando abandonaba la confluencia del río Ñaño, de regreso a Elobey. La navegación fué penosa, el viento desfavorable y más de una vez me agarré a un remo para ayudar a mi pobre gente. En Egogo dí un descanso y, como de costumbre se hizo lumbre de un tiro de la carabina.

Un campamento sin lumbre no se comprende, aunque el Sol sea abrasador, así que los africanos tienen una habilidad especial para encender una hoguera aunque sea sobre un terreno encharcado y reinando la lluvia.

A la altura del promontorio Boota encontré la lancha de Thom a quien avisé con un tiro de revólver y se detuvo. Le sobraba gente y me dió dos hombres para continuar remando. Cuando doblamos a Bangüe para entrar en la bahía, me convencí que era imposible llegar a Elobey, sin embargo lo intenté inútilmente, viéndome obligado a obedecer al viento poniendo la proa al fondo septentrional de la bahía.

Arribamos a Jondo, pequeña aldea situada en la *Costa de los Mosquitos*.

Allí no había ni gallinas, ni huevos, ni cabras, ni plátanos, ni siquiera tabaco, pero Elombuangani, gran conocedor del corazón humano, consiguió todo lo necesario para comer aquella noche.

-Cuando los hombres niegan hay que acudir a las mujeres, éstas no saben decir *no*.

Así se expresaba mi buen compañero riendo maliciosamente al preguntarle de qué medios se había valido para encontrar provisiones.

Serían próximamente las nueve de la noche cuando salí de la choza padeciendo angustiosos dolores de vientre. No habría caminado veinte metros entre el platanar del pueblo, cuando

sentí que mis piernas se hundían en el terreno. En aquel mismo momento sentí picaduras en todo el cuerpo. Había caído en un hormiguero. Con la desesperación propia del que se encuentra en un peligro eminente, di un salto que debió ser gigantesco y corrí veloz a la choza. Elombuangani que estaba sentado en cuclillas se puso de pies pero quedó quieto sin comprender la causa de mi brusca entrada, pero al ver que me quitaba precipitadamente mis ropas gritó ¡Ukokombo! (hormigas). Arrancó de un golpe un trozo de tela que pendía del techo haciendo el oficio de mosquitero, cortó con su cuchillo la correa que sujetaba mi cintura y en unos segundos me desnudó por completo, forrándome con la tela que tenía preparada.

En aquellos momentos una negra columna, amenazadora, ondulante como el cuerpo de gigantesca serpiente, entraba en la choza. Millares de insectos se extendieron por todos lados buscando el enemigo que había alterado la paz de sus guaridas. Las voces de mi criado fueron el grito de alarma; la gente corría de un lado para otro, como si se tratara de un combate o una emboscada y pronto una línea de fuego apareció rodeando la choza que momentos antes ocupaba. Así quedó conjurado el peligro.

Al día siguiente continuaba la choza cubierta de hormigas por todos lados, desde el tejado al suelo, mientras que por el exterior avanzaban en columnas cerradas que se cruzaban unas con otras, perdiéndose los extremos en lo inextricable de los bosques próximos. Los habitantes de Jondo no podían hacer otra cosa que mantener la línea de fuego que incomunicaba el resto del pueblo y esperar unos días a que la invasión concluyese, pues el alterar el orden de las columnas, el espantarlas echando en ellas tizones encendidos, produce resultados perjudiciales. Lashormigas, entonces, se extienden en todas direcciones y es muy fácil que consigan salvar todos los obstáculos que se les presentan incluso el del fuego.

El que no ha recorrido estos países africanos no puede comprender hasta qué punto llega el peligro que se corre al caer en un hormiguero en Africa; pero es preciso tener en cuenta que

Estos insectos viven reunidos en gran número, pues se cuentan por millones los asociados a un mismo grupo; sus dimensiones son tales que algunas especies alcanzan a medir dos centímetros

de longitud; minan el suelo; se extienden por los troncos, ramas y hojas de los vegetales; obedecen instantáneamente a una voz de sus jefes, de modo que el ataque es simultáneo; contienen en sus mandíbulas un jugo que inoculan y que produce una enervación y laxitud muscular rápidas, y su ferocidad y ardor bélico es tan grande que no retroceden nunca, una vez hostigadas, por nada ni ante nada.

En este mismo mes de Junio, dos hombres de la tribu de los Kumbes que recorrían las selvas próximas al río Eyo, se metieron inadvertidamente en un

hormiguero; uno de ellos tuvo la suerte de que yo gocé, buscó en la huída el mismo camino que había llevado; el otro huyó a la derecha hundiéndose más y más en el terreno minado y removido por estos insectos. De las ramas de los árboles caían como espesa lluvia millares de hormigas; el suelo, antes blanco, se convirtió en negro, parecía que hervía y trepidaba. La forma humana desapareció bajo una capa de insectos; aún tenía la víctima fuerza en sus brazos y piernas para luchar, pero en vano; bien pronto sintió un temblor general, sus músculos no obedecieron, estiró los brazos buscando desesperadamente una salvación imposible y cayó de espalda enterrado bajo sus propias enemigos.

Yo he visto el esqueleto de un cerdo que fué devorado por hormigas y muchas veces he encontrado pequeños mamíferos, gallinas y serpientes víctimas también de la ferocidad de estos pequeños insectos (1) .

Al medio día quedó todo dispuesto para la marcha y momentos después hice rumbo a Elobey llegando al islote a la puesta del Sol.

Mi esposa estaba sin agua y hubo necesidad de salir aquella misma noche para Elobey Grande a traer el indispensable líquido de las charcas que existen en este islote.

(1) El 23 de Abril de 1877 caminaba a las diez de la noche con una caravana compuesta de cuarenta negros, rendidos de fatiga por la extraordinaria jornada de aquel día, en busca de la expedición Gazulla perdida, en las selvas deshabitadas que se extienden por la banda oriental de la isla de Fernando Póo, cuando el Kruman de vanguardia que iba provisto de una tea, dió un grito. Acto continuo tiraron los demás las cargas y huyeron precipitadamente. Quise detenerlos repartiendo sendos palos a los que se me ponían por delante, pero todo fué en vano, me atropellaron, me derribaron y desaparecieron en todas direcciones. Quedé solo sobre el sendero con el revólver amartillado y defendido el cuerpo por el tronco de un árbol, decidido a hacer frente al enemigo que tanto miedo había infundido a mi gente. Quince minutos transcurrieron y al fin fueron llegando los desertores hablando y riendo con estrépito.

-¿Por qué habéis huido? -pregunté.

-*Mi luka homiga de nano pó; mi luka, luka; mi luka homiga no puere muede* (Hemos visto hormigas bravas de Fernando Póo, pero al reconocerlas nos hemos convencido de que no son de las bravas).

Este hecho demuestra el horror que tienen los negros a caer en un hormiguero, pues no se les oculta el inminente peligro que corren en ello.